

relativamente templado de esta isla; por el contrario, en el Spitzberg deben encontrarse tan solo zorros blancos, según las noticias que hasta hoy han podido adquirirse.

Es digno de notarse que una zorra de esta especie encerrada en un cuarto caliente en San Petersburgo, conservó siempre blanco su pelaje de invierno.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—El zorro azul habita los países polares, cubiertos de hielo, del antiguo y del Nuevo Mundo, lo mismo las islas que el continente. Debe admitirse que se ha extendido en tan vasta superficie con las montañas de hielo: muy á menudo se ven trasportados estos zorros así al mar; y en muchas islas solitarias son los únicos mamíferos que se encuentran comunmente en gran número, hecho que no se puede explicar sino por sus emigraciones con los hielos. El zorro azul se multiplica en todos los puntos donde se le encuentra, y es muy abundante, sobre todo, en las islas que no puede abandonar fácilmente. Todos los pueblos del Norte le conocen muy bien: los rusos le llaman *Pes-sesz* (perrillo), los tártaros *Aik-tilkoe* (zorro blanco), los yakutas *Kyrrsa*, los samoyedos *Noga* y *Sellera*, los ostiacos *Kioen*, los tungusos *Tschítara*, y los groenlandeses *Terenniak* y *Kaka*, etc.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—No puede decirse que el zorro azul sea apreciado del hombre: su impudencia y su osadía irritan á todo el mundo contra él, y se le considera como una calamidad.

Solo cuando hace mal tiempo ó se halla en sitios poco seguros se retira el zorro azul á la abertura de una roca, ó á una madriguera hecha por él mismo, de la cual no sale hasta la noche. Allí donde no tiene nada que temer del hombre, no se toma esta molestia, limitándose á ocultarse entre las piedras y en los jarales, desde donde acecha su presa. No desprecia alimento alguno, si bien prefiere el animal: sirvenle de pasto los mamíferos mas débiles que él, particularmente los pequeños roedores; persigue en un espacio de varias leguas á las manadas de lemmings, atravesando tras ellas los rios y brazos de mar, y de este modo es presa de los zorros la cuarta parte de aquellas. Devora todas las aves de mar ó de ribera, tales como los chorlitos y las ortegas, cuyos huevos y crias destruye tambien; se come los animales que el mar arroja á la playa; y cuando el hambre le acosa, se alimenta hasta de excrementos. Penetra en las casas y roba todo cuanto puede coger, aun las cosas que no le sirven de nada. Steller, uno de los compañeros del navegante que dió su nombre al estrecho de Behring, cuenta que en la isla que allí se encuentra se apoderaban los zorros de los vestidos, y hasta del calzado de los hombres que dormían. Cuando el animal logra alimento en abundancia, esconde una parte y la encuentra luego si vuelve á buscarla; lo mismo hace en el caso de temer que le acose el hambre. Una vez lleno su almacén, le cierra y le iguala por la superficie, de modo que no se pueda observar cosa alguna.

«Abunda, dice Newton, en las cimas de las montañas. Nosotros le hemos visto, añade el citado observador, no solo en las inmediaciones de las rocas donde anidan los halcones, sino que tambien oímos varias veces sus incesantes ladridos. Es sin duda alguna el enemigo mas temible de todos los pájaros que hay en la isla, y el miedo que estos le tienen, parece ejercer grande influencia en la eleccion del lugar en que hacen sus nidos. No sé de qué podrán alimentarse estos zorros, cuando las aves acuáticas emigran del Spitzberg y no queda en esta isla otra ave que la chocha blanca. La gran mayoría de ellos permanece en el país, y no son menos activos en invierno que en verano; pero como no hay en el Spitzberg bayas que puedan servirles de alimento ni pueden tampoco beber agua, entonces no se puede suponer otra cosa

sino que tienen acumuladas algunas provisiones, entre las que podrían juzgarse como tales los muchos peces que en un lugar muy resguardado de un ventisquero, encontré en cierta ocasion.»

Se encuentran con frecuencia estos zorros en manadas numerosas, aun cuando no parezca reinar mucha armonía entre ellos, puesto que traban entre sí sangrientas luchas. Uno de los individuos acomete al otro le hace rodar por el suelo, le pisotea y le mantiene así inmóvil hasta que cree haberle mordido bastante; los dos combatientes gruñen como gatos; cuando se hallan irritados aullan muy fuerte, y rara vez se oye su voz en otras circunstancias. Estos zorros no se hallan muy mal dotados respecto á sus facultades intelectuales; pero ofrecen en sus costumbres contradicciones tan notorias, que muchas veces no se sabe uno qué pensar acerca de ellos. Todos los individuos observados daban pruebas de astucia, de discernimiento y de destreza; y por otra parte manifestaban una estupidez nunca vista en ningun otro animal. Yo mismo he podido convencerme de ello: en el Dovrefjeld, despues de ponerse el sol, encontramos, mi cazador noruego y yo, un zorro azul, contra el cual disparamos nuestras armas siete veces; como se acercaba la noche y no era posible apuntar bien, no le tocó ninguna bala; y lejos de emprender la fuga, el animal nos siguió aun por espacio de veinte minutos, como hubiera podido hacerlo un perro bien enseñado. Solo cuando estuvimos fuera de las rocas juzgó oportuno retirarse, y entonces le tiramos algunas piedras, que le tocaron, pero tampoco bastó esto para que apresurase su marcha.

Mi cazador me refirió que á menudo habia cogido con las manos zorros de estos, que iban á sentarse delante de él y le miraban con curiosidad, atreviéndose una vez á roer la piel de rengifero con que se abrigaba. Todos los inviernos saqueaban su choza, aislada en la montaña, y veíase obligado á tomar toda clase de precauciones para librarse de dichos animales. Solo cito estos hechos, de paso, para demostrar que el zorro azul es en todas partes lo mismo.

Steller, navegante del siglo último, es el que ha dado la mejor descripción del zorro azul y la que ofrece mas atractivo, por lo cual creo oportuno reproducirla íntegra en este lugar.

«Los únicos cuadrúpedos que se encuentran en la tierra de Behring son los zorros azules, que han llegado allí llevados por los hielos, y que alimentándose de todo cuanto el mar arroja á la playa, se han multiplicado de una manera increíble. Durante el tiempo que por desgracia hubimos de permanecer en aquellos lugares, sobráronme ocasiones para observar las costumbres de este zorro, que sobrepuja en mucho al nuestro en cuanto á impudencia, astucia y destreza. Las jugarretas que nos han hecho no son comparables sino con las de los monos de Alberto Julio, en la isla de Sarenburg. Lo mismo de día que de noche, penetraban en nuestras viviendas y robaban cuanto veían, aun aquellas cosas de que no podían utilizarse, tales como cuchillos, bastones, sacos, zapatos, medias, gorros, etc. Arrebatában de nuestros toneles de viveres un peso de varias libras, y apoderábanse de la carne con tanta habilidad, que al principio no se nos ocurrió que fuesen ellos los ladrones. Cuando desollábamos un animal, dejábanse matar siempre dos ó tres de estos zorros á cuchilladas, porque venían á cogernos la carne hasta de las manos. Si enterrábamos alguna cosa, aunque fuese á mucha profundidad, poniendo luego encima grandes piedras, apartábanlas á un lado ayudándose unos á otros; y si la colocábamos en la punta de una elevada columna, la minaban por debajo, dejándola caer, ó bien trepaba uno de ellos como un mono y tiraba lo que queríamos conservar. Obser-

vaban todos nuestros actos, acompañándonos á todas partes: si el mar arrojaba un animal á la playa, devorábanle antes que cualquiera de nosotros tuviese tiempo de llegar, y si no podían comérselo todo, llevábanse á nuestra vista los restos para conducirlos á la montaña y enterrarlos. Entre tanto hacían centinela otros individuos con el objeto de anunciar la llegada del hombre. Si álguien se acercaba, practicaban entre todos una excavacion y enterraban un castor ó un oso blanco, con tal destreza, que no se podía ya encontrar el sitio. Cuando dormíamos al aire libre por la noche, nos quitaban los gorros, los guantes y las pieles que nos servían de abrigo; nos echában sobre los castores cazados durante el día, á fin de que no se los llevasen; pero aun así, fueron á devorarles las entrañas debajo de nosotros. En fin, no dormíamos sin un palo en la mano para ahuyentar á tan importunos huéspedes.

»Cuando nos deteníamos en algun punto, nos esperaban haciendo mil diabluras á nuestra vista, y envalentonándose despues cada vez mas, acercábanse hasta roernos los zapatos. Si nos echábamos como para dormir, venían á olfatearnos la nariz á fin de ver si nos habíamos muerto; y cuando reteníamos el aliento, trataban de morder. A nuestra llegada se comieron las narices y los dedos de los compañeros de viaje que habian perecido, aprovechando el instante en que abríamos sus fosas; y acometieron tambien á los enfermos y heridos. Cada mañana se les veía correr por entre las focas y los osos blancos que estaban echados en la ribera: olfateábanlos para ver si dormían ó habian muerto, y cuando hallaban un cadáver, lo despedazaban al momento. Durante la noche aplastan las focas con frecuencia á sus pequeños, y como los zorros lo saben bien, van todos los días á primera hora á inspeccionar á estos animales uno á uno, y se llevan los cadáveres cuando los encuentran.

»Como no nos dejaban descansar ni de día ni de noche, nos irritó esto de tal manera, que comenzamos á matarlos á todos, jóvenes y viejos, martirizándolos por cuantos medios se nos ocurrían. Al despertar por la mañana teníamos dos ó tres muertos á nuestros piés; durante mi permanencia en aquellos lugares, yo solo inmoleé lo menos doscientos; y al tercer día de mi llegada di muerte en tres horas á mas de setenta y dos, cuyas pieles sirvieron para guarnecer el techo de nuestra cabaña.

»Son tan voraces que se les podía alargar un pedazo de carne con una mano y darles un hachazo con la otra. Cuando nos poníamos al lado del cadáver de una foca, provistos de palos, y con los ojos cerrados, llegaban al momento, poníanse á comer y se dejaban matar, sin que ninguno tratase de huir. Algunas veces practicábamos un agujero, donde se echaba carne, y apenas volvíamos la espalda, ya estaba el sitio lleno de zorros, á los cuales nos era fácil matar á palos. No los desollábamos siquiera porque no teníamos en aprecio su hermoso pelaje; solo se les hacia una guerra continua por considerarles como nuestros mayores enemigos. Todas las mañanas arrastrábamos por la cola hasta el lugar de la ejecucion á los que habíamos cogido vivos; á unos se les cortaba la cabeza ó los miembros; á otros se les saltaban los ojos, ó bien los colgábamos de dos en dos por los piés, y entonces se mordían hasta matarse; á muchos de ellos se les quemó vivos, y algunos murieron á latigazos. Lo mas divertido era coger á un par de ellos por la cola y cortársela mientras hacían esfuerzos para huir, pues apenas separado este órgano daban mas de veinte volteretas en redondo. Todo esto no bastó, sin embargo, para alejar á los demás de nuestras viviendas, y al fin llegó día en que vimos por la isla á muchos individuos sin cola ó con tres patas.

»Cuando no podían llevarse un objeto perteneciente á

nosotros, un vestido por ejemplo, orinábanse encima y todos cuantos pasaban luego hacían lo mismo. Puede muy bien deducirse del hecho, que aquellos zorros no sabían lo que era el hombre, y que el temor á este sér privilegiado no es en los animales un sentimiento innato, sino mas bien una idea adquirida.»

Esta opinion de Steller es errónea: si los zorros azules aprendieran con la experiencia, se distinguirían los que existen en Noruega de los que habitan la isla Behring, y vemos que en todas partes son lo mismo. El zorro ordinario habita en la Escandinavia, al lado del zorro azul, y es tan astuto y tan hábil como el nuestro.

La época del celo es en abril y mayo, en cuyo período gritan mucho los zorros azules, y á menudo mayan como los gatos; agítanse día y noche y luchan encarnizadamente. A mediados ó fines de junio pare la hembra en una caverna ó en la grieta de una roca, nueve ó diez pequeños, y á veces doce, y por lo regular elige su retiro en la cima ó la falda de la montaña. Ama á sus hijos tiernamente, y aun demasiado, pues los descubre al querer protegerlos: cuando divisa á un hombre ladra como un perro, sin duda para alejarle, y de esto viene probablemente el nombre de *perrito* que han dado los rusos al zorro azul. Si la hembra observa que su retiro ha sido descubierto, traslada sus hijuelos á un lugar mas oculto; cuando la matan, su progenie persigue al culpable día y noche, y si no la matan, no le deja hasta haberse vengado.

CAZA.—Se persigue á este animal, no solo con el fin de exterminarle, sino tambien para obtener su piel, por mas que no sea muy apreciada. La manera de cogerle es particular: durante las fuertes nevadas, los zorros azules suelen construir una galería, en cuyo fondo habitan; y este es el momento que aprovechan los ostiacos y los samoyedos. Remueven la nieve con una fuerte pala de asta de rengifero, cogen al zorro por la cola y le estrellan la cabeza contra una piedra. Para averiguar si el animal se halla ó no en su galería, el cazador aplica el oído á la entrada, removiendo á la vez la nieve con el instrumento: si el zorro está, despiértase pronto y manifiesta su presencia con aullidos y estornudos.

Las águilas marinas y tambien los halcones, son para el zorro azul enemigos peligrosos: Steller vió á una de aquellas aves arrebatar entre sus garras á un zorro, cruzando con él los aires; al llegar á cierta altura lo dejó caer y se hizo pedazos en tierra.

Si se cogen jóvenes pueden domesticarse los zorros azules, y siguen á su amo lo mismo que un perro; pero son siempre muy excitables; apenas se les toca, gruñen, y sus verdes y brillantes ojos revelan la malignidad que les distingue. Si se ponen varios juntos en una jaula no viven en buena armonía: en el jardín zoológico de Hamburgo se precipitaron dos zorros azules contra su compañero y le mataron.

LOS FENECS—FENECUS Ó MEGALOTIS

CARACTÉRES.—A la seccion de los zorros pertenecen tambien dos especies africanas notables por sus airoosas formas y sobre todo por sus grandes orejas, cualidad que ha inducido á los naturalistas modernos á distinguirlas genéricamente de los zorros propiamente dichos. No obstante, mientras que los unos los clasifican bajo el mismo apelativo de *Fenecus* ó *Megalotis*, los otros consideran á las dos especies como tipos de dos grupos distintos, que se diferencian por la forma y el número de dientes. Sea lo que quiera de este carácter, los fenecs son ciertamente congéneres por el gran desarrollo de las orejas.